

## La lucha por la vida – El metafísico

Cuando el cáncer llega a formar parte de una familia, esta recibe un durísimo golpe que tan solo puede soportar apoyándose en la aceptación y la esperanza. Esta es la historia de un chico de mi edad que jamás se dio por vencido y se aferró a la vida.

Juan es un chaval de lo más vital, deportista y muy sociable. Su vida transcurre como la de cualquier estudiante, entre libros y diversión. Es hijo único en el seno de una familia acomodada que lo quiere con locura, pero que no le mimas, pues todo debe ganárselo. Juan se siente feliz, tiene un montón de amigos y siempre está pensando en cómo resolver grandes enigmas como el origen de la Vida y del Universo. Para ello no duda en leer libros y en ver cualquier documental científico en televisión que pueda responder a sus preguntas. Su curiosidad no tiene límites y nunca descarta ninguna teoría sobre absolutamente nada.

Pero Juan, un día se levantó con pocas fuerzas y sintió que sus piernas apenas podían aguantarle. Él ya había tenido esta sensación antes, pero nunca le dio importancia, pues tras un par de días los síntomas desaparecían. En esta ocasión pensó lo mismo y se dirigió al cuarto de baño para asearse. Se apoyó en el lavabo y se miró al espejo como buscando una respuesta a su cansancio. Al segundo cayó al suelo recibiendo un fuerte golpe en su cabeza contra la bañera.

Cuando despertó, enseguida reconoció que se encontraba en la habitación de un hospital. Pudo ver a su padre al pie de la cama y pronto sintió el calor de la mano de su madre que no paraba de acariciarle. Preguntó qué había ocurrido, pues no recordaba nada, y sus padres le explicaron que había perdido el conocimiento. Sus ojos volvieron a cerrarse, estaba agotado y le dolía mucho la cabeza. Pasaron las horas y un médico entró en la habitación con el fin de comprobar cómo se encontraba e informar a sus padres sobre el resultado del TAC cerebral que le habían realizado mientras estaba inconsciente. Juan, tras contestar a un montón de preguntas al médico, se quedó solo en la habitación, pues sus padres salieron con el médico al pasillo.

La noticia fue desgarradora: Juan tenía un tumor en el cerebro y todo parecía indicar que era maligno. El médico preguntó a sus padres si eran capaces de informar a su hijo o si preferían que fuera él quien le explicara la situación. Juan escuchó a su madre llorar, la puerta cerrada no fue impedimento para comenzar a pensar que algo malo estaba pasando. Su corazón se aceleró y una sensación nueva para él invadió su cuerpo, era miedo.

La puerta se abrió y sus padres entraron cogidos de la mano y con un semblante que reconoció como de preocupación. Tras ellos entró el neurólogo y poco a poco le fue contando sobre su situación. Juan no dijo palabra alguna y mientras miraba a sus padres sus ojos se llenaron de lágrimas. Su cabeza ya no se preguntaba por el origen de la vida, por primera vez su mente pensó en la muerte.

Pasaron los días y Juan estaba siendo atendido por una psicóloga del hospital. Ya estaba enterado de que iba a ser operado en breve y todo el equipo médico se encargó de transmitirle tranquilidad y esperanza, que todo iba a salir bien. El día anterior a la intervención volvió a sentir miedo, y cuando le bajaban al quirófano su cuerpo comenzó a temblar. Aunque los médicos le pidieron que estuviera tranquilo e incluso quitaban importancia a la operación, Juan no fue capaz de quitar de su pensamiento si quizás esta

fuera la última vez en que sus ojos estuvieran abiertos. Le hicieron contar de 30 hacía atrás y quedó sumido en un profundo sueño.

Cuando recuperó la conciencia todo el mundo estaba contento y le dijeron que la operación había sido un éxito. Como no podía ser de otra manera, Juan pensó que todo pronto pasaría y que volvería a su casa, al colegio, a su vida. Pero no fue así, a Juan le habían dicho solo medias verdades con respecto a la operación y al pronóstico. Pasó un mes y comenzó a recibir quimioterapia que lo dejaba agotado, sin glóbulos rojos, y todo lo que podía comer lo vomitaba.

Pronto comenzó a recibir visitas de sus amigos del colegio, de familiares y hasta algunos profesores se acercaron a verle. Todos le infundían ánimos que él recibía de buen grado, y su psicóloga se había convertido en alguien fundamental en su vida. Con ella era capaz de llorar y de reír. Tras seis ciclos de quimioterapia y por tanto seis meses de hospital, Juan ya era capaz de disfrutar de su tablet, hablar con otros chicos del hospital, jugar a las cartas y hasta de contar chistes. Su aceptación de la enfermedad era positiva y ya era capaz de infundir ánimos a sus compañeros de planta. Algo en su interior se había despertado y esto no era otra cosa que sus ganas de sobrevivir, de ganar batallas día tras día. Convirtió la Ciencia en una pasión y no paraba de ver documentales sobre el origen del Universo y por tanto de la Vida. Aunque no lo llegaba a comprender del todo, se percató de que fundamentalmente somos energía y flipaba cuando descubrió que un fotón podía ser dos cosas a la vez si era observado.

Llegó un momento en que era capaz de animar a sus propios padres y de ocultarles síntomas que tan solo contaba al médico. Algunos días tenía algún problema de visión, otros dolores de cabeza y ya muchos se sentía débil. Y es que las sesiones de radioterapia tampoco le sentaban muy bien. Pero, con cualquier día de mejoría, y aunque fuera pasajera, era capaz de sobreponerse y de volver a coger impulso, sus ganas de vivir eran mucho más eficaces que cualquier tratamiento que pudiera recibir. Sus casi 17 años se habían convertido en muchos más por su madurez y aceptación de la realidad. Sus pensamientos, en sus pocos ratos de soledad, eran de permanente lucha contra su cáncer e intentaba no anticipar ningún acontecimiento negativo. Sus padres pensabas que su psicóloga estaba haciendo un excelente trabajo, pero quizás no se daban cuenta del inmenso esfuerzo que Juan realizaba para continuar estando razonablemente bien y no dejarse llevar por la tristeza.

Para Juan el hospital ya era su casa y sus compañeros de planta eran como hermanos. Un mal día de uno de ellos se convertía en un nefasto día para todos. La solidaridad era pura y de corazón. Juan sabía que las cosas no iban bien, él era el mejor conocedor de su propio cuerpo, de sus sensaciones y de ciertas limitaciones que poco a poco iba observando.

En una sesión con la Psicóloga llegó a decirle que estaba muy preocupado por su madre, que estaba muy delgada. Juan ni siquiera se estaba dando cuenta de la gran cantidad de peso que había perdido y sin embargo la preocupación era su madre. A su padre le veía más entero, más fuerte, aunque su rostro reflejaba un inmenso sufrimiento.

Juan convirtió a su psicóloga en un confesor y un día se refirió a “Dios”. No lo hizo desde el punto de vista puramente religioso, se refería a una inteligencia superior, a una energía que él decía sentir en determinados momentos y que no llegaba a comprender. Explicaba, que era como si le transfirieran una fuerza mental llena de optimismo para continuar

adelante. Decía que, en sus malos momentos, era como si un sentimiento de paz le invadiera y consiguiera relajarse.

Siguieron pasando las semanas y un día el médico le informó de que le iban a realizar una segunda operación pues la radioterapia había conseguido reducir el tamaño del tumor que no habían podido quitar en la anterior. Esta vez ya no bajó al quirófano temblando ni sus ojos se llenaron de lágrimas. Esta vez, estaba lleno de esperanza y de confianza en que en esta ocasión quedaría libre de su cáncer. Llegó a decir a su madre que no llorara más, que un rato estaría de vuelta en la habitación. Antes de recibir la anestesia, mantuvo una pequeña conversación con el personal del quirófano y les explicó su interés por la física cuántica. Les dijo que estaba muy intrigado al conocer que somos más energía que materia y que no llegaba a comprender cómo una partícula podía tener dos estados a la vez. Volvió a contar de 30 hacía atrás y se durmió.

Pasaban las horas y los padres de Juan esperaban con esperanza la salida de su hijo. Su madre había bajado varias veces a la capilla del hospital en la confianza de que sus plegarias iban a ser escuchadas. Cuando llegó con su marido, le comentó que en el ascensor había percibido el olor inconfundible de la colonia que usaba Juan y que había tenido una sensación extraña que le había puesto los pelos de punta.

Dijo que fue como si Juan estuviera otra vez en su vientre o como si algo le hubiera traspasado. Se abrazó a su marido y este le apretó fuerte mientras besaba su cabeza. Juan, había fallecido mientras su madre subía de la capilla. Juan se había convertido en esa energía que nunca llegó a comprender del todo. Juan fue capaz de ser dos cosas a la vez como si fuera una partícula. Pero lo más importante que dejó Juan fue su coraje en la lucha por la vida.